

OSAL 2007 “Reseñas bibliográficas y documentos” (Buenos Aires: CLACSO) Año VIII, N° 22, septiembre.

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal22/RBD22resenas.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

Reseñas bibliográficas y documentos



Los marxismos del nuevo siglo

por Bruno Fornillo

Le rêve de Bolívar. Le défi des gauches Sud-Américaines

por Frank Poupeau

Willka

por Pablo Stefanoni

T'inkazos

por Pilar Uriona Crespo

En las fisuras del poder

por Fernando Guerrero Cazar

Declaración ALAS

Guadalajara, 18 de agosto de 2007

Reseña bibliográfica



Los marxismos del nuevo siglo

César Altamira

Buenos Aires: Biblos, 2006

Colección Pensamiento Social

Bruno Fornillo

[Historiador, investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires; CONICET y CLACSO]

La singularidad que recorre *Los marxismos del nuevo siglo* se asienta en su proyección hacia los escenarios por venir de los principios abiertos por Karl Marx. Perspectiva por demás sugestiva, debido a los interrogantes a desplegar que deja formulados, por el afán de apertura hacia un pensamiento crítico capaz de estar a la altura de su tiempo. El escrito de César Altamira traza una genealogía novedosa, rastreando las problemáticas que el marxismo ha gestado en el devenir histórico-social del antagonismo político de los últimos 30 años, fundamentalmente a partir de la crisis de valorización capitalista desatada en 1973. Así, se desentiende de buen modo de la omnipresencia de la “crisis del marxismo” y del sentido común que le fue propio. Por el contrario, divisa una continuidad en la elaboración teórica fundada por el pensador alemán, en la que sus *impasses* fueron ocasiones para recrear un universo de producción teórico-político y donde los quiebres en las líneas maestras de reflexión se “han visto referenciados en procesos de dinámica sociales que conmocionaron el sistema capitalista”. De modo tal que en esta retrospectiva reciente nos encontramos con tres “bloques de pensamiento”, así los caracteriza Negri en el prólogo: la Escuela de la Regulación francesa, el *Open marxism* –agrupado en torno a la revista *Capital & Class* y *Common Sense*– y el obrerismo italiano en su deriva autonomista. Cada uno de estos “bloques” es cotejado con la coyuntura que los vio emerger, examinado minuciosamente –presentando con rigurosidad las polémicas y los posicionamientos de sus autores clave–, puesto en relación con el otro en torno a las ideas centrales que los emparentan y diferencian. Las teorías visitadas tienen en común la elaboración de sus marcos explicativos a partir

de situar en el centro la dinámica de la lucha de clases, distanciándose –según Altamira– del marxismo analítico, de las variantes reformistas, del existencialismo, del estructuralismo y, por supuesto, del marxismo ortodoxo que buena parte de los partidos comunistas europeos representaron cabalmente en la segunda posguerra.

Si bien *Los marxismos del nuevo siglo* encuentra en la Escuela de la Regulación un intento por indagar las consecuencias producidas por la crisis del keynesianismo, mediante la construcción de conceptos afines al marxismo como el de modo de acumulación y su contraparte institucional –el modo de regulación–, termina viendo en ella el pasaje de “una teoría de la acción social al servicio del reformismo radical” a “una teoría académica con relación a lo existente”. De modo que la estructura del texto va poniendo en discusión cada vez más profundamente los “bloques de pensamiento” que tienen a John Holloway y a Antonio Negri como principales referentes. Para el *Open marxism* dará cuenta de la concepción cambiante y rica que produce acerca de la definición específica de la economía marxista y desplegará las tesis que elaboran sobre el Estado en el período crítico de la Inglaterra tatcheriana. Asimismo, entrará en discusión la tesis sustantiva que hace al núcleo común de esta corriente: la idea de que “la propia relación capital es en sí misma lucha de clases”. El trabajo contenido en el capital hace que el espacio de extracción de plusvalía sea presentado como un territorio de por sí conflictivo, donde la lucha de clases aparece de manera transparente, lo que significa afirmar que “no hay leyes objetivas sino lucha de clases intersujetos”. Pero la vertiente en la que Altamira se filia, y de la cual retoma sus innovaciones más significativas, es el autonomismo italiano. Bien sitúa al obrerismo en los años sesenta, en ese intento por gestar una “relación interna” entre la subjetividad teórica militante y el movimiento de masas. El concepto de “composición de clase”, es decir, el análisis del desarrollo histórico de la relación entre tecnología y subjetividad, le sirve a Altamira para caracterizar ampliamente las derivas de este “movimiento de masas”. Muestra, pues, a Mario Tronti produciendo premisas centrales: la clase obrera como el motor básico del capital, el capital así absolutamente dependiente de las fuerza viva del trabajo, concepción que –en tanto inversión de las perspectivas políticas clásicas– abría el campo de la autoorganización como horizonte político, a la absorción de la sociedad por parte de la fábrica, a subrayar el papel de la subjetivación por fuera de todo marco institucional rígido. Una nueva forma de reflexionar sujeta a la sobredeterminación política, la cual marcará ulteriores desarrollos del autonomismo.

Aun al interior de una fuerte tradición, y a partir del recorrido que el texto realiza, la discusión central que expone Altamira se da en torno a la dialéctica. Holloway recrea la dialéctica negativa adorniana,

sosteniendo “la presencia del sujeto negado en el objeto a negar, donde la relación entre sujeto y objeto no se resuelve mediante el distanciamiento y la separación autónoma del sujeto en relación al objeto –óptica spinoziana de Negri– sino mediante la disolución de esa relación (*aufhebung*)”, descripción que condensa el dilema esencial del escrito. El sujeto, para Holloway, niega al capital en su lucha inherente por deshacerse de él, de su alienación. En cambio, nos dice Altamira, Negri postula la preeminencia del antagonismo, una “negación no dialéctica”: “Cuando el capital consigue enmarañar exitosamente las luchas de la clase obrera sometiendo la subjetividad al yugo capitalista, ha impuesto la unidad contradictoria de la relación dialéctica”. En Negri se trataría de una verdadera ruptura ontológica, donde es la práctica política afirmativa, la subjetividad colectiva, la que hace posible la constitución del ser. Tenemos entonces, por un lado, el sujeto de la crítica, de la explotación, de la alienación, mientras que, por otro, se despliega el sujeto del proyecto, del poder constituyente; Altamira habla entonces de un *marxismo crítico*, el inglés, y uno *proyectual*, el italiano. Es en el diálogo entre estas vertientes donde él sitúa lo más productivo del marxismo para el siglo que despunta.

Al abordar las consecuencias políticas que se desprenden de ellas, Holloway, considerando omnipresente a la lucha de clases, no llegaría a formular una teoría de la acción política, mientras que el autonomismo trataría de recuperar la forma de organización inmanente al proceso de producción contemporáneo. Si Lenin pensó el partido en relación con el sistema de trabajo taylorista, se debería ahora crear el modo de organización política acorde a los nuevos tiempos del “trabajo inmaterial”, una perspectiva que tendría en cuenta la exigencia inaugural de poner en relación lo histórico-social con la acción colectiva. Es que Altamira señala claramente la novedad fundante que representa el giro ontológico propuesto por el autonomismo y su arraigo en la dinámica concreta del trabajo vivo, pese a ello, le resulta más complicado definir la epistemología que le sería acorde, obstáculo que identifica y finalmente se propone dilucidar. La identidad entre lo corporal y el concepto, la apuesta por una “noción común corporal” como la de “multitud” –de dudoso arraigo empírico–, el desarrollo inmanente y absolutamente práctico de toda teoría –“el ser funda el saber” sostiene Altamira– son todas proposiciones de una misma perspectiva de pensamiento que pone de manifiesto la exigencia de una teoría del conocimiento que cuestione todo elemento trascendente a la praxis concreta. Aunque, al mismo tiempo, no terminan de discernir las especificidades existentes entre el campo político-ontológico y el epistemológico, y las relaciones que mantienen entre sí. En este sentido, vale mencionar que la intención del escrito de oponer un “marxismo posmoderno al capitalismo posmoderno” por mo-

mentos parece derivar en una ruptura demasiado radical en torno a los elementos positivos que contienen las nuevas producciones. Podemos mencionar, entonces, la rápida desestimación del concepto de "hegemonía", por ejemplo, y su reemplazo por el de "composición de clase", sin que aparezca del todo clara la neta supremacía teórico-política del segundo término con respecto al primero. En este recorte, queda en suspenso el carácter netamente europeísta de las miradas presentadas por Altamira. Si la "idea base" que sostiene el libro es que los quiebres teóricos se referencian en la acción política de masas, si tanto Negri en su prólogo como Altamira postulan que esa vitalidad hoy anida fuertemente en América Latina, cabe preguntarse por los antiguos y nuevos elementos que el marxismo del subcontinente está en condiciones de aportar a una teoría de principios universales. Y, sin embargo, no hay dudas de que tal creación teórica en relación con nuestra coyuntura no será sino en diálogo con los interrogantes y principios que el escrito reseñado nos brinda. Dada la profundidad y extensión expositiva de las vías centrales del pensamiento político contemporáneo, *Los marxismos del nuevo siglo* posee condiciones globales de circulación.

Reseña bibliográfica



*Le rêve de Bolívar. Le défi des
gauches Sud-Américaines*
[El sueño de Bolívar. El desafío de las
izquierdas Sudamericanas]

Marc Saint-Upéry

París: La Découverte, 2007

Franck Poupeau

[Sociólogo, editor de la revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* y autor de varios libros de sociología de la educación y movimientos sociales. Investiga sobre desigualdades urbanas en América Latina, especialmente sobre los problemas de acceso a los servicios básicos en la ciudad de El Alto, Bolivia]

Traducción: Pablo Stefanoni

No es difícil hablar del reciente libro de Marc Saint-Upéry. Para ir de lleno al asunto bastaría decir: “hay que leerlo, lo antes posible”, si una expresión como esa no evocara todo un universo de complicidades muchas veces frecuentes en algunos círculos intelectuales. La mejor justificación es, en todo caso, que *Le rêve de Bolívar* es, con seguridad, el libro que faltaba para comprender, analizar y debatir las recientes y complejas transformaciones políticas en América del Sur. Las otras razones se vinculan al placer de su lectura como a la calidad de la argumentación plasmada en el texto. El autor emplea la bella expresión de “periodismo de impregnación” para definir su trabajo, difícilmente clasificable en el género académico pero que reúne la calidad de escritura de un (buen) periodista que es capaz de transmitir su experiencia y, a la vez, el rigor ponderado de un (buen) investigador capaz de documentar sus tesis y de insertarlas en una argumentación crítica. Muchos encontrarán estos elogios exagerados y, para ser realistas, es poco probable que este libro agrade a los apologistas del “realismo” liberal así como a quienes idealizan el militantismo altermundialista. Pero veamos de cerca –y este tipo de obras son poco habituales como para que valga la pena resaltarlo– las razones de una lectura tan entusiasta.

Resulta necesario un breve repaso de la riqueza del material y de los temas abordados, pese a ciertos “huecos” más o menos volun-

tarios (Chile, Uruguay, Colombia, principalmente) que el autor justifica sólidamente: peso demográfico, razones políticas o geopolíticas, configuraciones demasiado diferentes para ser incorporadas sin simplificaciones pero, también, imposibilidades materiales vinculadas a la propia situación del autor. Este no se presenta como un investigador profesional, no obstante indagó durante varios años (con sus propios recursos) sobre las transformaciones políticas en América del Sur. Es, sin duda, una paradoja que habrá que retener aquí como hilo conductor la “postura metodológica” que aflora al filo del texto y es inseparable de un conocimiento íntimo, directo, incluso afectivo, del terreno, de los grupos sociales, de las problemáticas nacionales y de las transformaciones que las atraviesan. Una familiaridad que no ignora, sin embargo, que “América Latina es un lugar de un exotismo extrañamente familiar y el espacio de proyección privilegiado de todas las pulsiones utópicas de la izquierda europea”, y que “la tierra ‘descubierta’ por Colón es el continente de la esperanza barata”.

Hace falta conocer en profundidad, y querer, a este continente, para animarse a escribir:

“Mi” América del Sur no se parece exactamente a un video clip de Manu Chao, lleno de gente pobre, valiente y pintoresca, sonriente y creativa, siempre presta a hacer la revolución bailando zambas entre palmeras [...] Vivir la vida cotidiana de América del Sur permite conocer la variedad infinita de articulaciones ideológicas, el cinismo complaciente o el fatalismo –que une frecuentemente, en una complicidad paradójica, a ricos y pobres, opresores y oprimidos–, la balcanización constante de los esfuerzos colectivos o el predominio de un individualismo desenfrenado. Un individualismo devastador que, en las sociedades marcadas por la ambivalencia ética y política de un superyo comunitario sofocante, muchas veces genera la tentación de confundir el acceso a la modernidad con una carta blanca para sí, en una guerra de todos contra todos. En efecto, el *calor latino* es también muy a menudo la máscara sonriente del que me importa, de la irresponsabilidad, la crueldad social difusa. Que el que me importa, la irresponsabilidad y la crueldad se tiñan a veces de colores de izquierda, y hasta “revolucionarios”, y se cubran con discursos hipócritas sobre la justicia social y el bien común no los absuelve en nada, más bien todo lo contrario.

No se trata simplemente de escaparle al bulto, sino de ingresar en la complejidad de los universos sociales en los que la aparente familiaridad puede

inducir groseros errores de apreciación, en particular sobre la significación de la izquierda o, incluso, sobre las relaciones entre movimientos sociales, sindicatos y partidos políticos. Una cuestión de “prudencia metodológica” que muchas veces desearíamos encontrar en la pluma de los comentaristas sobre América Latina más autorizados del “primer mundo”, rápidamente inclinados a tachar de “populismo” todo lo que escapa a los marcos intelectuales y políticos de una socialdemocracia con vocación de universalidad. En este contexto, Saint-Upéry propone, con cierta ironía, una moratoria de cinco años en el uso de este término que, corrientemente, quiere decir todo y nada a la vez, y que, en Europa, opera fundamentalmente como una forma de descalificación política.

El libro repara en una cuestión en apariencia simple: “¿América Latina está embarcada en un giro a la izquierda?”; y propone tres razones para este aparente giro de 180 grados. Primero, el agotamiento de los modelos neoliberales y del Consenso de Washington, que generaron el deterioro de la mayor parte de los indicadores sociales; luego, la crisis del basamento etnoracial de la exclusión social que abrió paso al ingreso a la política de grupos sociales y líderes indígenas; y, finalmente, el nuevo contexto internacional y el declive relativo de la capacidad de Estados Unidos para ejercer un control hegemónico en su tradicional “patio trasero” regional. No obstante, estos tres factores “no se traducen en todas partes en las mismas estrategias ni en las mismas fórmulas políticas. La diversidad de las izquierdas sudamericanas es a menudo desconcertante”. Retomando al sociólogo ecuatoriano Franklin Ramírez, “no hay una sola izquierda en América Latina, pero hay seguramente más de dos”. Asimismo, Saint-Upéry rechaza el análisis estereotipado según el cual habría una izquierda “buena” y una “mala” o, en palabras de Álvaro Vargas Llosa, una izquierda “vegetariana” y una izquierda “carnívora”, encarnadas respectivamente por Lula y Chávez.

“El repertorio de las dos izquierdas forma parte de los clichés tranquilizadores de una politología convencional que apenas se encarga de sustentar su argumentación sobre datos más o menos sólidos”. Es, en gran medida, para deconstruir esta oposición ficticia que los dos primeros capítulos están consagrados a Brasil y Venezuela, mientras que el Capítulo 5 propone un análisis riguroso de los problemas de la integración regional (y de las verdaderas dimensiones del “Imperio”). Un pasaje del Capítulo 2 es particularmente provocativo cuando evoca su estado de agotamiento emocional frente a los improperios lanzados entre chavistas y antichavistas que entrevistó y decide elaborar el siguiente “presupuesto metodológico”: “cualquiera que se interese por el proceso venezolano y busque entenderlo en su profundidad debe partir de la idea de que la oposición delira y los chavistas fabulan. O viceversa”.

La totalidad del libro está consagrado a desmontar ficciones políticas que ocupan demasiado a menudo el lugar del análisis: los mitos

del Chávez dictador y del Chávez revolucionario en un país que continúa estructurado en torno a un capitalismo rentístico dependiente del petróleo. Al mismo tiempo, el escritor francés combate la imagen del Lula “traidor liberal” a los movimientos sociales así como la postal de Evo Morales presidente “indígena”, impulsor de una “revancha racial” en una Bolivia que se encontrará al fin con sus raíces precoloniales. Y, en medio de estos debates, hay un intento bastante logrado por entender el complejo y ambivalente “fenómeno Kirchner”, con sus rupturas y sus no menos evidentes continuidades, en el marco de un esfuerzo por explicar el tema espinoso del peronismo al público francés.

En el Capítulo 4, titulado “El color del poder”, se desarrolla un análisis transversal de la cuestión indígena y negra en los países andinos y en Brasil, donde se muestra que la problemática de las identificaciones “originarias” no puede reducirse a la ideología oficial de las ONG y de los organismos internacionales:

Ser “indio” en los Andes no es renacer orgulosamente después de cinco siglos de opresión y silencio –por cierto marcado por numerosas revueltas locales– con la evidencia de una historia homogénea y suturada, y con una identidad “natural”, aunque este sea el discurso oficial de los ideólogos indianistas. Ser indígena es tanto un estigma impuesto por la mirada del *otro* [los colonizadores] vivido con vergüenza, como una reivindicación de la dignidad burlada y una estrategia de lucha y de autopromoción política y social perfectamente “moderna”. Más común todavía, la indianidad es una forma de pertenencia flexible y parcial coexistente con otras modalidades de identificación.

Para Saint-Upéry, es sólo saliendo del fundamentalismo étnico, y ahí están los indígenas urbanos y los egresados de la universidad, que es posible tomar en serio y calibrar en su justo término la emergencia de las reivindicaciones denominadas “originarias” en Sudamérica.

Insistiendo a lo largo del libro no sólo en las “rupturas” de los nuevos regímenes de izquierda (las que enfatizan los “nuevos” movimientos sociales, las “nuevas” formas de democracia participativa, etc.) sino también en las continuidades entre las izquierdas gubernamentales y los regímenes precedentes (lo que explica por qué estos nuevos gobiernos no pueden “hacer todo, todo rápido”), el autor apela a un análisis histórico, a indicadores económicos, a las encuestas existentes, a investigaciones socioetnográficas. Logra, así, una visión más objetiva y argumentada de lo que es usual encontrar en los análisis sobre el “giro a la izquierda” en América del Sur.

Reseña bibliográfica



Willka

Año 1, N° 1

"Evo Morales entre: entornos blancoides, rearticulación de las oligarquías y movimientos indígenas"

El Alto: Centro Andino de Estudios Estratégicos

Primer semestre de 2007

Pablo Stefanoni

[Periodista e investigador social, residente en Bolivia; ex becario de CLACSO (concurso para investigadores jóvenes 2002)]

Sobre "entornos blancoides", indígenas y recomposición de las elites Una lectura crítica de la revista *Willka*

La vieja teoría del "cerco", que impedía al rey saber lo que realmente ocurría y lo excusaba de los padecimientos de sus súbditos, reapareció en Bolivia de la mano de la esencialización de lo indio. Así, las dificultades con las que tropieza el gobierno de Evo Morales –como la escasez de cuadros y funcionarios indígenas– se explican por la existencia de un "entorno blancoide" que estaría expropiando en su favor las luchas indígenas y populares de los últimos años, aprovechándose del "primer presidente originario".

Esta es la tesis central del N° 1 de la revista *Willka*, editada en el primer semestre de 2007 por el Centro Andino de Estudios Estratégicos de la ciudad de El Alto y dirigida por el "sociólogo aymara" Pablo Mamani, ex director de la carrera de Sociología de la Universidad Pública de El Alto. Según sus propios objetivos, esta publicación expresa a una nueva y joven intelectualidad aymara, silenciada por los mecanismos más o menos visibles del "Estado neocolonial". En estas líneas comentaremos, de manera crítica, los artículos que hacen referencia a este tema central.

En su trabajo "Evo Morales, entre la revolución india y la contrarrevolución india" –casi un editorial de la revista–, Mamani comienza planteando una contradicción irreductible entre "poder indígena"/"autodeterminación social indígena"/"hegemonía indígena" (sin explicar la diferencia entre estos objetivos no siempre coincidentes) y "la reproducción del viejo Estado [colonial] y sus lógicas internas". De esta forma, "las multiversidades sociales (diversas formas de entender y practicar el mundo)" entran en colisión con "las dictaduras cosmológicas, religiosas, cognoscitivas,

apreciativas, formativas, afirmativas, intelectuales, sentimentales [y] racionales, definidas como universales dominantes, con las que nos gobiernan y nos gobernamos". Este muro de hierro entre lo indígena y lo mestizo-criollo da pie al núcleo duro del texto: "Detrás del presidente indígena se está produciendo un renacimiento de las elites blanco-mestizas con las mismas o parecidas lógicas racistas y colonial/liberales que las anteriores", ahora "con discursos de izquierda", lo que "aleja a los indígenas de su proyecto histórico de poder".

Pero ¿existe un proyecto histórico indígena *sin más?*, ¿es posible hablar, como lo hace Mamani, de un sujeto indígena/originario/popular sin explicar las diversas formas de articulación entre lo étnico-cultural y lo nacional-popular, dos tradiciones bien estudiadas por Luis Tapia, que atraviesan la historia boliviana de los últimos años, como las "guerras del gas" de 2003 y 2005 por la nacionalización del gas y el petróleo?, ¿dónde quedan en este análisis los procesos de mestizaje étnico, económico, político y cultural, principalmente en la ciudad de El Alto donde vive, trabaja y escribe Pablo Mamani?

La esencialización del indio en estos análisis reenvía rápidamente a la esencialización obrera de antaño, sin indagar sobre la contingencia y las fronteras difusas –y móviles– de las construcciones identitarias, muy especialmente las indígenas. En el artículo, lo indio se da por supuesto y nunca es definido, ni siquiera de manera provisional. Sólo falta que los indios *en sí* se vuelvan indios *para sí*, para lo cual tienen al alcance de la mano la ideología indianista-katarista, fundamentalmente los textos de Fausto Reinaga.

Una anécdota muestra los problemas de este enfoque: se acusa al Ministerio de la Presidencia, dirigido por el "mestizo" y "parte del entorno" Juan Ramón Quintana, de haber "hecho desaparecer" a las lenguas aymara y quechua de la publicación del discurso de investidura de Evo Morales del 22 de enero de 2006 y de "discriminar al idioma del presidente". Si bien es cierto que, al parecer, no había traductores de aymara y quechua al momento de la transcripción, también es sabido que el mandatario boliviano rara vez se expresa en esos idiomas, que no maneja con fluidez, y ese día no fue la excepción: el aymara y el quechua fueron el broche de oro –simbólico– de su largo discurso de asunción. Pero, una vez más, el *wishful thinking* (tomar los deseos propios por realidad) se impone sobre un análisis sociopolítico concreto, que mostraría que, más allá de los entornos, Evo Morales proviene de una región de fuertes mestizajes, como el Chapare, moldeada por las influencias obreras y campesinas, además de constituir un fértil caldo de cultivo para discursos nacionalistas y antiimperialistas producto de los enfrentamientos con las fuerzas militares de erradicación de coca con apoyo de Estados Unidos.

No obstante, para Mamani –contra toda evidencia empírica– el culpable de las posiciones “nacionalistas” es el vicepresidente Álvaro García Linera quien, por el contrario, en todos sus textos busca cortar cualquier punto de contacto con la revolución nacional de 1952.

Máximo Quisbert, en su artículo “El gobierno de Evo Morales y los cercos políticos criollo-mestizos”, continúa en la misma dirección. Su análisis resulta por momentos paradójico: luego de haberse criticado el “paternalismo” hacia los indígenas, Quisbert no duda en explicar la alianza del katarista Víctor Hugo Cárdenas con el neoliberal Gonzalo Sánchez de Lozada, de quien fue su vicepresidente, y el actual “cerco blancoide” a Evo Morales como producto del “engatusamiento” de los indígenas por los criollos. ¿Acaso Cárdenas y Morales son menos inteligentes que los “mestizos” para dejarse embaucar?, ¿podemos seguir explicando la política indígena con la metáfora de los espejitos de colores?, ¿no hay racionalidad en los sucesivos pactos indígenas con el poder colonial y republicano-liberal o nacionalista?

Sintomáticamente, poco después Quisbert deja de lado el esencialismo y señala que “no cabe duda que el presidente (boliviano) tiene *rasgos* indígenas, que ha nacido en una comunidad campesina” (énfasis propio) y, más sintomáticamente aún, al explicar la necesidad de reconocer la diversidad cultural, se apoya en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), es decir, en la defensa de los particularismos, sin horizonte nacional, que justificó el neoliberalismo multicultural de los noventa (criticado en párrafos anteriores en la propia *Willka*), frente al cual emerge el “nacionalismo indígena” de Morales y los cocaleros, bajo la tesis del instrumento político de los sindicatos. Esta relación partido-sindicatos es analizada por Luis Tapia en su artículo “Los movimientos sociales en la coyuntura del gobierno del MAS” y, enfocada en el liderazgo de Evo Morales, por Lucila Choque en “Evo Morales y los movimientos sociales indígenas”.

La problemática de la descolonización (que Quisbert reconoce que sigue siendo un asunto de los intelectuales indígenas más que de las bases) y el “autogobierno indígena” –que se mezcla con el reclamo de “reapropiación” del actual Estado– se presenta bastante opaca. Temas como la diferenciación social al interior de los pueblos indígenas (y las comunidades), o el rol de ONG europeas en la construcción de algunos discursos –y hasta identidades– indígenas “autonomistas”, están directamente ausentes. Al mismo tiempo, se construye un clivaje a toda prueba entre las lógicas indígenas comunitarias y las lógicas occidentales liberales, y entre las identidades indígenas y no indígenas, como si, desde la colonia, estas dos “lógicas” se hubieran repelido mutuamente sin ninguna interacción y, de este modo, se pasan por alto los puntos de contacto entre las comunidades y el mercado capitalista, inclusive el mercado mundial.

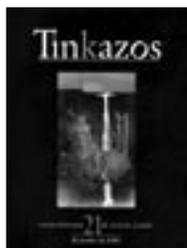
¿Qué pasa con las formas de explotación andinas iguales o peores a las que rigen bajo el “capitalismo moderno”, encubiertas bajo lazos familiares o de criados, o mediante la simple precariedad laboral? ¿Es compatible este “capitalismo andino” con un proyecto emancipatorio? ¿Qué tiene que ver esta forma de acumulación mercantil con el ilusorio “todo es para todos” que plantea Mamani?

Especialmente en sus textos se enfatiza el rol de las “tecnologías comunales” de lucha o empleadas en algunos trabajos comunes, generalmente construcción de infraestructura, sin poner bajo la lupa la implosión de la propiedad comunitaria de la tierra en propiedades familiares. En la entrevista “Hacia un Estado multicéntrico construido con tecnología indígena comunal”, el sociólogo alteño presenta como parte de estas “tecnologías” lo que es común a todos los campesinos del mundo: acumular alimentos. O lo que es costumbre en diversos sectores populares, no indígenas, de América Latina: las ollas populares en tiempos de huelgas o crisis. Pero no dice nada sobre la incapacidad —que resultó decisiva— de gestionar la producción y reparto de garrafas entre los alteños en plena crisis de 2005, lo que debilitó al movimiento y obligó a levantar el paro cívico.

Adicionalmente, las sorprendentes coincidencias entre el secretario ejecutivo de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) de La Paz, Rufo Calle, y el gerente financiero del banco Prodem, Eduardo Bazoberry, en una conferencia organizada por el periódico indianista *Pukara*, en torno a la propiedad plena de las tierras campesinas (hoy limitada por la reforma agraria de 1953, que impide venderlas o hipotecarlas) dan cuenta de la necesidad de un análisis menos romántico y con más trabajo de campo de la realidad indígena boliviana.

Estamos ante una pura “política de la identidad” repelente a perspectivas clasistas y nacionales, por eso se dice que “la derecha y la izquierda son iguales” en lo que a colonialidad del poder se refiere, lo cual presenta no pocos problemas y riesgos a la hora actual, donde un objetivo compartido de los bolivianos es reconstruir el Estado y poner los pilares de una nación incluyente.

Reseña bibliográfica



T'inkazos

Revista Boliviana de Ciencias Sociales

Año 9, N° 21

La Paz: Programa de Investigación Estratégica
de Bolivia (PIEB)

Diciembre de 2006

Pilar Uriona Crespo

[Politóloga, actualmente concluye su tesis de Maestría en Política y Filosofía, CIDES-UMSA, La Paz, Bolivia]

Haber accedido a una estructura estatal que aún responde a una lógica democrática de tipo liberal coloca al partido de gobierno, el Movimiento al Socialismo, frente al desafío enorme que implica definir, como señalaba Félix Patzi, si hoy en día los modos de hacer política en Bolivia sólo legitimarán con la presencia indígena el sistema democrático liberal o más bien lograrán perforar el mismo, transformando la lógica de poder jerárquica y excluyente que lo ha caracterizado.

Dado que en el actual contexto histórico y político-social de transformación que experimenta Bolivia vuelve a replantearse el problema del colonialismo interno y del derecho a las autonomías con el fin de superar formas excluyentes de poder, es importante tener presente que la reforma del Estado –así como la resignificación de su papel en la consecución del cambio– es ante todo un proceso complejo, debido a que en el mismo convergen una serie de elementos que explican y propician su evolución. Si bien es en el ámbito del poder donde se hace más urgente instaurar una gestión política incluyente, esta, para ser efectiva y terminar cristalizándose como práctica predominante, también tendrá que influir los campos del saber, la cultura, la economía, etcétera.

En este sentido, *T'inkazos*, en su edición de diciembre de 2006, constituye un aporte relevante a la hora de ahondar y descubrir nuevos matices en el debate sobre el curso que debe tomar la reforma estatal que actualmente se viene discutiendo, ya que recopila contribuciones de autores que coinciden en la idea de que debe ser la democracia –y la profundización de la misma como práctica participativa– el sustrato que posibilite concretar el proyecto de transformación político-institucio-

nal que se pretende llevar a cabo. Como bien afirma Fernando Mayorga, director del número que aquí se reseña, es necesario comprender que el cambio estatal ostenta “un carácter procesual con respuestas en curso” que amerita un examen integral, fundamentalmente porque gira en torno a ejes tan delicados como son las demandas por la autonomía, las reivindicaciones socio-culturales e identitarias indígenas (que ponen nuevamente en el centro de la discusión el tema de “lo nacional”) o la forma de gestionar desde lo político-económico (sin perder soberanía frente al mercado externo) los recursos naturales.

La revista consta de 155 páginas organizadas en cinco secciones. En las tres primeras, la reflexión gira exclusivamente en torno a la temática articuladora de los trabajos, es decir, la reforma del Estado, teniendo en cuenta, por un lado, que dicha reforma debe considerar la particularidad de los propios procesos históricos, así como las percepciones que los actores políticos tienen de estos, reinterpretando bajo esta óptica conceptos como nación, territorio, pertenencia étnica e identidad de clase, autonomía y autodeterminación, institucionalidad democrática e inserción en los procesos de cambio a nivel regional.

Es así que la Sección I, “Dossier temático y diálogos académicos”, incluye una introducción de Mayorga que, con el propósito de dar una pauta para comenzar la discusión sobre la transformación estatal, plantea la idea de que la misma se origina en un proceso de interpelación general hacia lo estatal, que trae consigo enfrentamientos a nivel social en torno a cuestiones específicas, como ser el tema étnico, el regional y el retorno al nacionalismo en lo económico. Sin embargo, siguiendo la línea propuesta para dar curso al debate, Fernando Calderón, en una entrevista con el mismo Mayorga, argumenta que la crisis del viejo modelo estatal también debe ser interpretada a la luz de los acontecimientos que se suscitan a nivel internacional, pues, para él, la guerra en Irak ha favorecido los procesos de cambio a nivel político en Latinoamérica, en la medida en que la política norteamericana gira hoy en torno a ese conflicto y deja de tener interés inmediato en intervenir en nuestra región. De ahí que en la misma es posible la aparición de nuevas opciones políticas en las que el Estado nuevamente asume un rol protagónico redefiniendo su relación con el mercado.

Por otra parte, en el diálogo sobre “Los desafíos de la reforma del Estado en Bolivia”, C. Valverde, J. Mirtenbaum y George Gray se cuestionan si la transformación que se debate en la Asamblea Constituyente debe centrarse en el proceso de reforma estatal o en el de la refundación del país, pero teniendo en claro que la organización del nuevo Estado boliviano debe resolver el conflicto que comporta hacer convivir a sujetos sociales diversos. Para ello, es importante tratar de determinar qué con-

cepto de "nación" y qué concepto de "Estado" pueden ser colectivamente aceptados, haciendo énfasis en el hecho de que la discusión sobre el nuevo rol que se le asignará al Estado debe incluir el tema de la descentralización y la reforma de la gestión administrativa.

Para cerrar esta sección dedicada a la reflexión académica, Ximena Soruco y Moira Zuazo, en sus respectivos ensayos, argumentan que, al momento de construir un nuevo proyecto estatal, es imprescindible tomar en cuenta la categoría identitaria de "mestizo". Pero mientras Soruco expone que invisibilizar "lo cholo" conduce a excluir una categoría móvil que explica los cambios en los niveles de jerarquización social según la capacidad de acumulación de capital, invisibilizando el hecho de que, además de un antagonismo étnico, existe también una contradicción de clase que debe considerarse si se piensa redefinir el modelo estatal, Zuazo plantea que si la conformación e integración de la comunidad política depende de cómo se trate el tema de lo étnico, al excluir lo mestizo como categoría de autoidentificación subjetiva se estaría prescindiendo del elemento que quiebra la lógica dicotómica blanco-indio y que reivindicaría la existencia de una pluralidad de identidades en Bolivia.

En la segunda sección, denominada "Estados de arte", M. Teresa Zegada, Yuri Tórrez y Patricia Salinas, al momento de pensar la reforma estatal en Bolivia, retoman el tema de las autonomías, dando cuenta de las tendencias intelectuales que organizan los diversos discursos en torno a las mismas. Para los autores, según las preferencias ideológicas y políticas de los actores que la definan, la autonomía puede remitir a pensar en procesos administrativos, políticos o de gestión, así como a procesos ligados a la búsqueda de una autodeterminación. Sin embargo, a pesar de esta diversidad de significados atribuidos al término, los autores consideran que para fijar mejor los límites del debate es útil agrupar las tendencias en dos grandes matrices discursivas, cada una de las cuales hace alusión al tipo de Estado que se desea establecer: la cívico-regional, que predomina en el Oriente del país y que es partidaria de un Estado liberal, moderno, fundamentado en el respeto a los derechos individuales; y la étnico-cultural, que ataca el carácter colonial del Estado boliviano.

La Sección III la compone la investigación de Jiovanny Samanamud sobre la "Subjetividad política de los jóvenes en la ciudad de El Alto" y trabaja sobre la forma en que estos jóvenes perciben, definen y valoran la forma tradicional de hacer política. Así, para los jóvenes alteños, hablar de política cotidianamente constituiría un ejercicio intersubjetivo a partir del cual es posible resignificar el concepto, gracias a la aceptación de un "nosotros" colectivo que se concibe a sí mismo como discriminado y culturalmente diferente.

En la Sección “Cultura”, Luis H. Antezana, usando como ejemplo la figura del futbolista boliviano Víctor Agustín Ugarte, el Maestro, nos invita a preguntarnos por qué existe una tendencia a olvidar lo memorable, es decir, olvidar aquellos arquetipos que en su momento pueden erigirse como mitos articuladores de sentidos.

Para concluir, sólo queda mencionar que la Sección V recoge dos comentarios sobre investigaciones que podrían brindar nuevas pautas para leer la realidad boliviana en transformación porque incluyen la visión generacional (como se ve en la nota de Germán Guaygua sobre “Investigaciones de y sobre jóvenes en Bolivia”) y la espacial-territorial (con el comentario de José Blanes dedicado al libro *Espacio y territorio. Instrumentos metodológicos de investigación social*, de Hubert Mazurek). Incluye también cuatro reseñas que estimulan a leer los textos: *Pautas metodológicas para investigaciones cualitativas y cuantitativas en ciencias sociales y humanas*, de M. Yapu, D. Arnold, A. Speeding y R. Pereira; *René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y re-visiones*, de M. Aguiluz y N. de los Ríos; *Náufragos en tierra firme. Bloqueo comercial, despojo y confinamiento de japoneses de Bolivia durante la II Guerra Mundial*, de A. Mitre; y la nueva *Revista de Derechos Humanos y Acción Defensorial*.

Reseña bibliográfica



En las fisuras del poder *Movimiento indígena, cambio social y* *gobiernos locales*

Pablo Ospina Peralta (coordinador), Carlos Larrea,
María Arboleda, Santiago Ortiz y Alejandra Santillana

Quito: Instituto de Estudios Ecuatorianos (IEE), 2006

Fernando Guerrero Cazar

[Investigador ecuatoriano]

Como resultado de una investigación realizada en 2006 por Pablo Ospina, Carlos Larrea, Santiago Ortiz, María Arboleda, Alejandra Santillana y varios colaboradores del Instituto de Estudios Ecuatorianos (IEE) se publicó *En las fisuras del poder*, un libro que aborda los cambios sociales y políticos en el cantón Cotacachi (provincia de Imbabura) y en la provincia de Cotopaxi, en Ecuador, a raíz de la presencia de las organizaciones indígenas en los gobiernos locales de las zonas referidas.

La investigación ha sido apoyada por el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC) de Canadá y el RIMISP-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural, y constituye el resultado de un trabajo más amplio desarrollado por el IEE desde 1996 en temas referidos a la gestión del desarrollo local. En este sentido se puede afirmar que el libro es el resultado de una tarea colectiva que involucró a varios actores, entre ellos otras ONG. Por otra parte, la publicación aparece cuando ya se cuenta con varias sistematizaciones (muchas de ellas realizadas por el propio IEE) sobre la participación de las organizaciones indígenas en los gobiernos locales y luego de que se han ensayado varias metodologías de estudio sobre desarrollo local. Todo lo anterior ha posibilitado una rica reflexión sobre las tendencias del movimiento indígena y el desarrollo local en municipios rurales de la Sierra ecuatoriana, aspecto que se ve reflejado en el libro de Ospina y colaboradores.

El libro incorpora cuatro estudios que están articulados por una temática común, a saber, los cambios sociales que se han producido en el Municipio de Cotacachi y la provincia de Cotopaxi a raíz de la presencia de líderes indígenas en los gobiernos locales. En este caso se pone énfasis en la gestión del gobierno local del Municipio de Cotacachi liderado

por Auki Tituaña y en la gestión de César Umajinga, prefecto de la provincia de Cotopaxi. El hilo conductor de las investigaciones es: "la gobernanza territorial establecida como resultado de la acción de los movimientos sociales ¿da lugar a procesos de desarrollo territorial rural que inciden en la eliminación de la pobreza, la superación de las desigualdades sociales, de género y étnicas?". O, a la inversa, ¿qué efectos tienen esas desigualdades sobre las formas de gobierno territorial y los procesos de desarrollo que impulsan?

Las investigaciones de Pablo Ospina, Carlos Larrea, María Arboleda, Santiago Ortiz y Alejandra Santillana publicadas en el libro mencionado acuden a distintos enfoques interpretativos para dar cuenta de los cambios sociales más sobresalientes en las experiencias estudiadas. Sin caer en una descripción del stock y potencialidades de los recursos de que disponen los territorios y circunscripciones analizadas (perspectiva economicista del desarrollo local), los estudios evalúan de manera crítica las tendencias del desarrollo económico local. Por otra parte, más allá de una descripción de los cambios institucionales y los formatos de la institucionalidad que da lugar a distintas formas de participación social, los/as autores/as del libro se *interrogan* por la capacidad política e institucional de los distintos actores y su protagonismo dentro del desarrollo local. En este sentido, dadas ciertas condiciones del contexto, se preguntan sobre la *capacidad real* de los mismos para incidir en las relaciones de poder local. Por último, de manera novedosa, en las investigaciones se toma en cuenta la *dimensión étnica* como uno de los aspectos que influye en los procesos de desarrollo local.

Los diferentes enfoques de las investigaciones, más que contradictorios, contribuyen a explicar de manera complementaria y a partir de diferentes niveles de análisis las tendencias del movimiento indígena, la participación de diversos actores sociales (entre ellos las mujeres) y las debilidades del desarrollo económico local en dos zonas de la sierra ecuatoriana. Todo lo anterior sin idealizar al movimiento indígena, sin colocar al proceso de desarrollo local como la panacea de los años venideros y, lo que es más importante, sin prescribir normativamente las condiciones de los cambios sociales de territorios cuyas características son la enorme complejidad y la persistencia de profundas desigualdades sociales y étnicas.

Luego de un análisis detallado sobre el movimiento indígena en su expresión local y de un examen de los avatares de la participación de las organizaciones indígenas en la esfera del Estado, Pablo Ospina termina concluyendo en su estudio que uno de los mayores logros de la participación del movimiento indígena en los gobiernos locales ha sido precisamente el acceso a instituciones que antes estaban en manos de elites blanco-mestizas. A lo anterior se suma la mayor autoestima de los indígenas en un contexto en que las relaciones de poder han sufrido cambios impor-

tantes a favor de los mismos y de ciertos sectores que estaban excluidos de la gestión local. Sin embargo, a partir de la información cuantitativa, el estudio de Ospina, al igual que el de Larrea, muestra que los avances no son tan satisfactorios en los ámbitos relacionados con el empleo y la dinamización de las economías locales.

La investigación de Carlos Larrea, por su parte, se interroga sobre la influencia del movimiento indígena en los gobiernos locales y la gestión de los líderes originarios de este movimiento en el mejoramiento de las condiciones de vida de las áreas donde se concentra la población indígena, en este caso Cotacachi, Cotopaxi y, adicionalmente, Guamote en Chimborazo.

Los hallazgos del estudio cuantitativo de Larrea son similares a los resultados de una encuesta aplicada y analizada por Ospina y sus colaboradores a propósito de la investigación. En efecto, entre 1990 y 2001 ha mejorado significativamente el acceso a educación, salud, vivienda e infraestructura, y se han superado ciertas inequidades de género en el acceso a la educación. Sin embargo, los niveles de empleo y la pobreza se han estancado e, incluso, empeorado.

Para demostrar lo señalado, Larrea se vale de una estrategia cuantitativa, acudiendo a modelos de regresión múltiple y la construcción de dos índices: uno referido al desarrollo social y otro a los cambios sociales ocurridos entre 1990 y 2001. A partir de estos índices, Larrea muestra que las mejoras obtenidas en las condiciones locales de desarrollo social dependen principalmente de condiciones sociales previas y que, por otro lado, el movimiento indígena ha tenido un aporte positivo para el desarrollo local.

El estudio sobre "Género y gobernanza territorial en Cotacachi y Cotopaxi" de María Arboleda tiene un lugar destacado en el libro en la medida en que pone de manifiesto una temática a menudo escamoteada por el propio movimiento y los dirigentes indígenas. En la investigación se retoma una tesis que ha sido debatida intensamente durante los últimos años. En efecto, la autora, de manera coincidente con otros análisis, sostiene que los papeles que las mujeres indígenas han venido desempeñando en la producción y comercialización de productos agropecuarios y la conservación de recursos naturales y prácticas vinculadas a la medicina-curación —es decir, su base material y cultural de vida— sostienen sus procesos actuales de empoderamiento.

En el caso de Cotacachi y Cotopaxi son notorios estos procesos de empoderamiento de las mujeres indígenas que se relacionan con el control de ciertos bienes productivos e incluso de iniciativas productivas. Sin embargo, a la hora de analizar el avance de las mujeres en otros ámbitos que tienen que ver sobre todo con la representación política, la

discriminación se sigue anclando en la inequidades de género. De acuerdo con Arboleda, he aquí uno de los desafíos de las organizaciones indígenas y campesinas en los próximos años.

El trabajo de Alejandra Santillana, "Proceso organizativo y límites del proyecto político de Pachakutik", termina señalando, a partir de la sistematización de fuentes de primera mano y secundarias, la evidente tensión entre el movimiento social y el movimiento político, en este caso, las pugnas y contradicciones entre las organizaciones indígenas y campesinas y el aparato político que pretendía representarlas. Este hecho se hizo evidente a lo largo de la constitución del Movimiento Pachakutik como sujeto político, en el período que media entre su inicio (1995) y su evidente decadencia, hacia fines del gobierno del presidente Gutiérrez.

Finalmente, cabe señalar que el trabajo *En las fisuras del poder* viene a llenar un vacío en la literatura sobre el desarrollo local y la participación, en la medida en que toma en cuenta dimensiones analíticas que anteriormente fueron trabajadas de manera separada. En esta visión integradora se debe destacar también el uso de diferentes metodologías que toman en cuenta no sólo las visiones de los actores sociales, sino también una aproximación a ciertos cambios estructurales a partir del análisis histórico. La encuesta, por su parte, contribuye a analizar de manera agregada, más allá de los puntos de vista individuales, las percepciones sobre la gestión local.

Habría sido interesante analizar al calor de las transformaciones locales el proceso de descentralización y desconcentración administrativa que se viene impulsando en el Ecuador desde 1997 y cómo este proceso creó o inhibió un marco institucional propicio para el desarrollo local.

Por otro lado, siendo el concepto de *desarrollo* un aspecto central dentro del análisis, el libro deja pendiente un debate que está implícito en los procesos de desarrollo local. Cabe preguntarse cuál es el *sentido del desarrollo*, a qué tipo de procesos, actores e instituciones se está aludiendo. Finalmente, si bien más de un capítulo del libro se refiere al concepto de desarrollo, no se profundiza suficientemente en el tema cuando se evalúan las tendencias de la diferenciación del campesinado en los contextos analizados.

Documento

Declaración del XXVI Congreso de ALAS Asociación Latinoamericana de Sociología

Guadalajara, 18 de agosto de 2007

La Asamblea General del XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) declara:

Su solidaridad incondicional con todos aquellos que de diversas formas resisten y luchan contra todas las formas de inhumanidad, apostando a construir una sociedad más justa, sin exclusión, explotación y represión.

Convocamos a los científicos sociales de América Latina a pronunciarse activamente en contra de la represión, la criminalización y el uso de la fuerza contra aquellos que luchan y construyen una sociedad más solidaria.

A su vez, nuestro mandato ético profesional nos convoca a pronunciar nuestra más profunda indignación contra las violaciones a los derechos humanos que ocurren en territorio mexicano, entre ellas, persecuciones y procesamientos judiciales, presos políticos y de conciencia, torturas y asesinatos.

En particular, este Congreso en tierra mexicana quiere pronunciarse a favor de los justos y legítimos reclamos y protestas sociales que se llevan a cabo en este territorio y contra las situaciones de represión y militarización como las de Chiapas, Oaxaca, Guerrero y Atenco, entre otras. Llamamos a la observación nacional e internacional como un modo de evitar que se sigan perpetrando estos hechos de inhumanidad contra quienes tienen la determinación de construir una sociedad más justa e igualitaria.

Por último, exigimos el respeto a la libertad de expresión y de oficio a los colegas sociólogos, científicos sociales e intelectuales. En tal sentido, exigimos el cese del hostigamiento policíaco al sociólogo Rubén Valencia Núñez y el desprocesamiento inmediato de la socióloga Silvia Gabriela Hernández Salinas, injustamente detenida y que actualmente enfrenta un irregular proceso judicial por ejercer su derecho a participar en el movimiento social de Oaxaca.



Las movilizaciones del sector público, muy especialmente los conflictos educativos, tienen una fuerte presencia en nuestra América Latina y el Caribe. Estas luchas, que ponen de relieve la ampliación de las fronteras de la precariedad, plantean la necesidad de desmercantilizar los bienes públicos. Ante tales reclamos, en diferentes regiones, la respuesta de los gobiernos provinciales y/o nacionales ha sido la represión salvaje y la criminalización de los conflictos. Por ello, queremos recordar a *Carlos Fuentealba*, docente que en el marco de una manifestación fue asesinado el 4 de abril de 2007 por las fuerzas poli-

ciales en la localidad de Arroyito, provincia de Neuquén, situada en el norte de la Patagonia argentina. Expresamos nuestro más enérgico repudio a este tipo de respuestas políticas y acompañamos la campaña por el reclamo de juicio y castigo a los responsables políticos y materiales del crimen.

Observatorio Social de América Latina - OSAL